

N.º 3. Páginas Extraordinarias de El Día Gráfico, 11 Abril, 1926.



"La noia i el gos."
escultura de
Danyach.

La isla de
la calma
y de las
maravillas

.....
El calvario
de Pollensa.

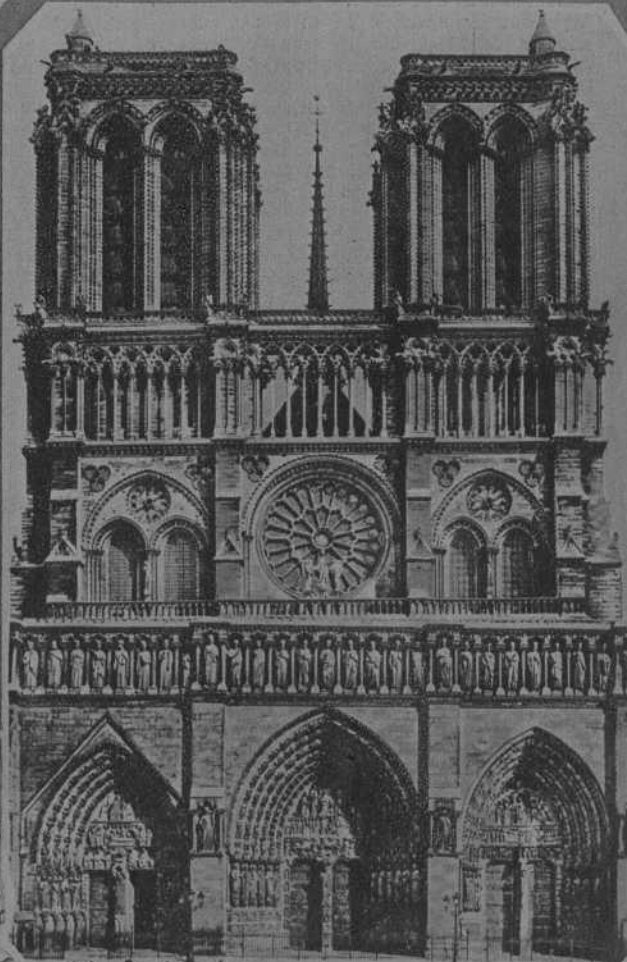


En los libros dedicados a Mallorca se encuentra una oración para este calvario de Pollensa. Y sin embargo, en parte alguna se hallaría una fusión tan exquisita del cristianismo en el Mediterráneo, como ese delicioso camino de cipreses y piedras labradas que lleva a una ermita encaramada en una colina con naranjos, frente al cobalto del mar.



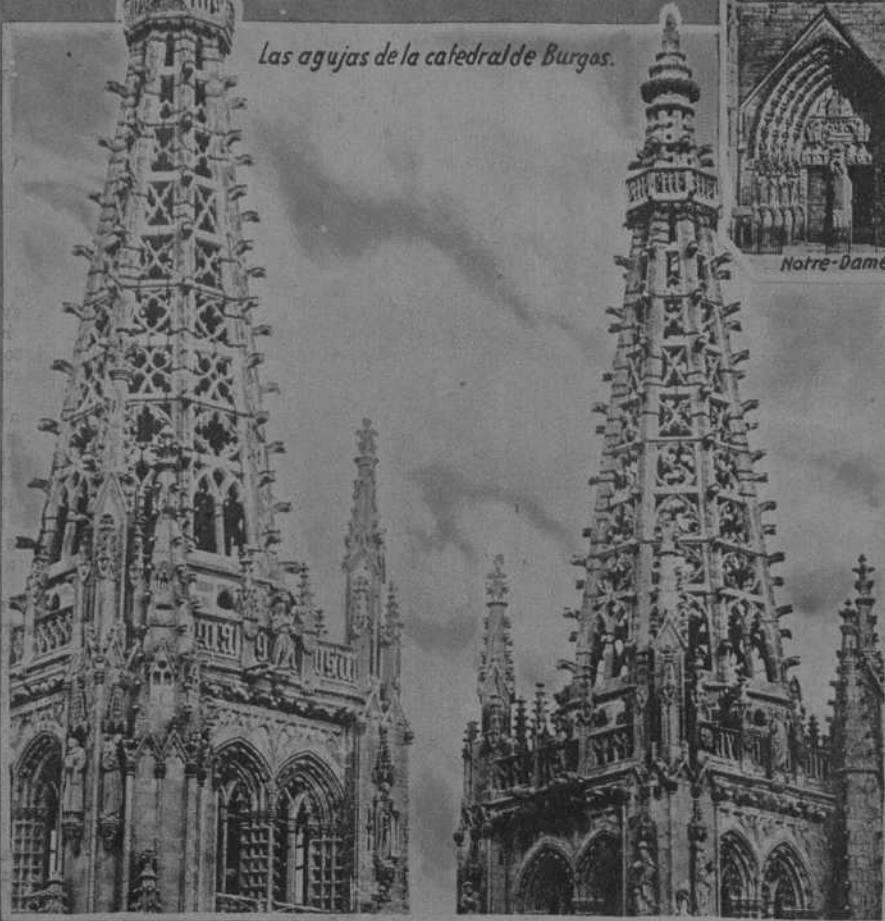
La catedral de Burgos.

Las agujas de las torres de la catedral de Burgos en peligro de desplome.



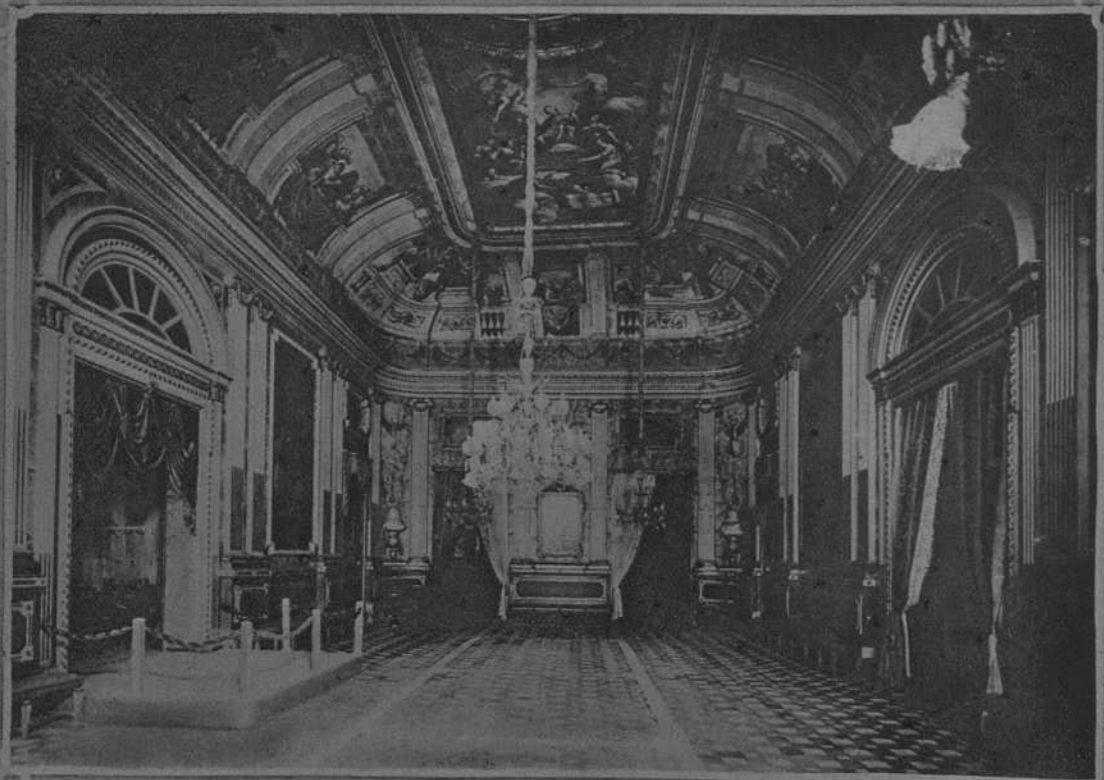
Notre-Dame, Paris.

Las agujas de la catedral de Burgos.

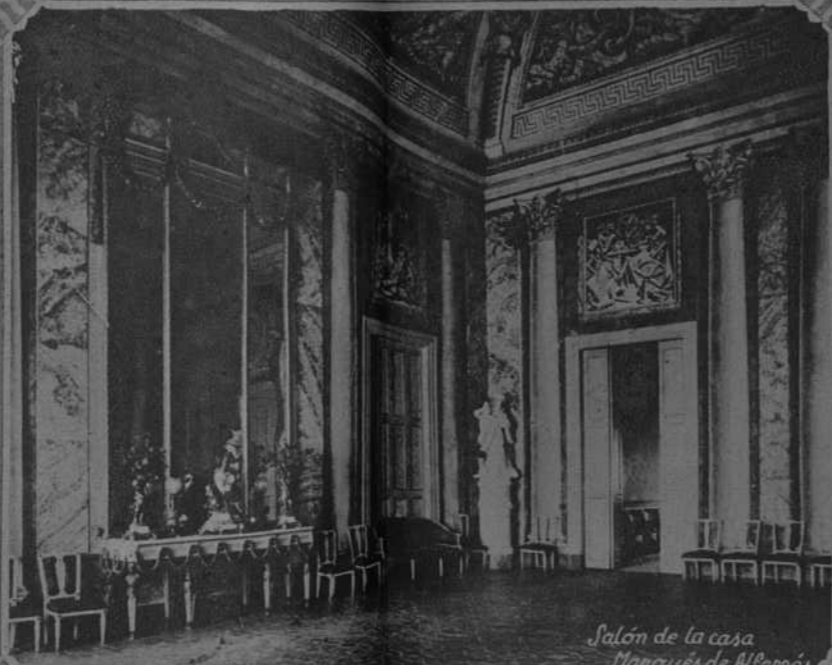


La catedral de Burgos, construida por el mismo arquitecto que abrió Notre Dame, tiene una extraordinaria semejanza con el templo de Paris. Sólo que a éste, inacabado, le faltan en las torres las agujas, esas agujas de las que ahora, la ciudad de Burgos, presencia la ruina en su catedral.

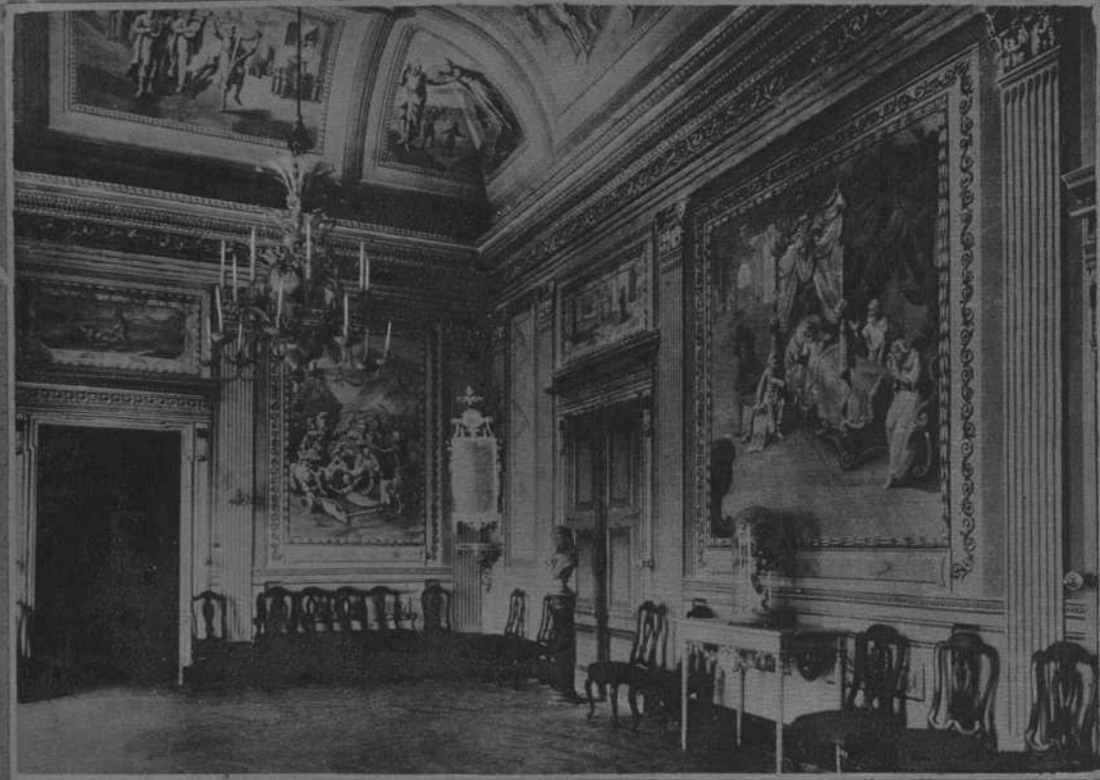
*Los salones catalanes
del siglo XVIII.*



Casa de los Sres. de Bofarull en Reus.



*Salón de la casa
Marqués de Albeniz*



Casa Papiol, en Villanueva y Geltrú, de J.A. Torrens.



*Salón de Boras de
Gay en Reus.*



*Casa Papiol
Villanueva y Geltrú*



*Despacho del Gobierno
Civil, Barcelona.*

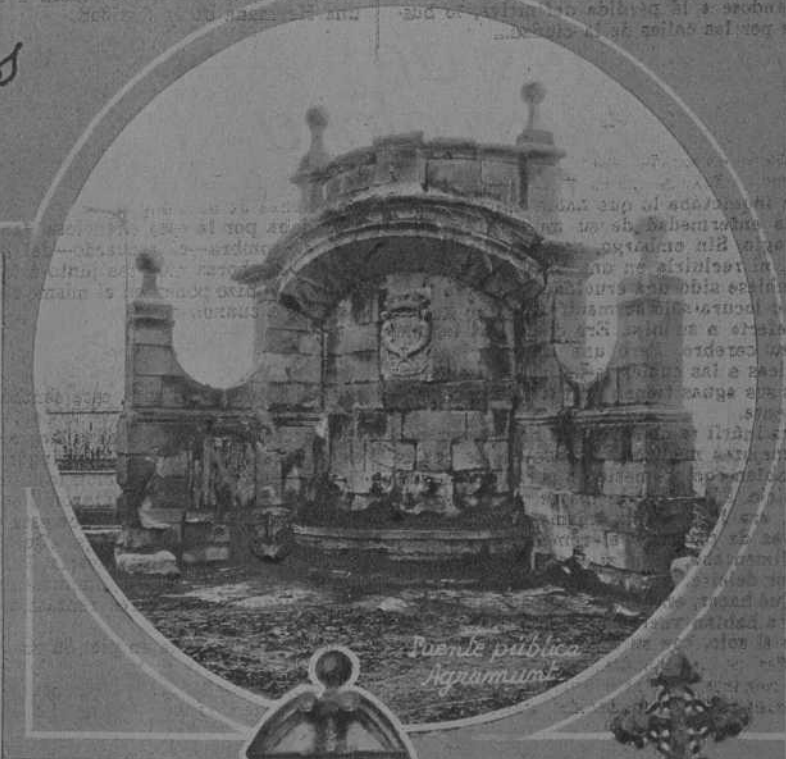
Cataluña recibió la influencia decorativa de Francia, como toda Europa y el XVIII, ha dejado, en Barcelona y en algunas ciudades como Olot, Villanueva y Reus, interiores magníficos que conservan intacto el encanto del estilo de los Luises, con los grandes salones donde se bailaban los minues.

En las habitaciones contiguas las mujeres tomaban chocolate y los hombres jugaban y bebían alcoholes de Holanda, mientras lloraban, en las arañas de cristal barrocas, las velas que los criados cambiaban cada dos horas. En aquellos salones catalanes, como en los salones franceses, se paladeaba la vida, entre las dos grandes pasiones de la época, el amor y el juego.

Las fuentes antiguas catalanas.



Foniana, en Esplugas.



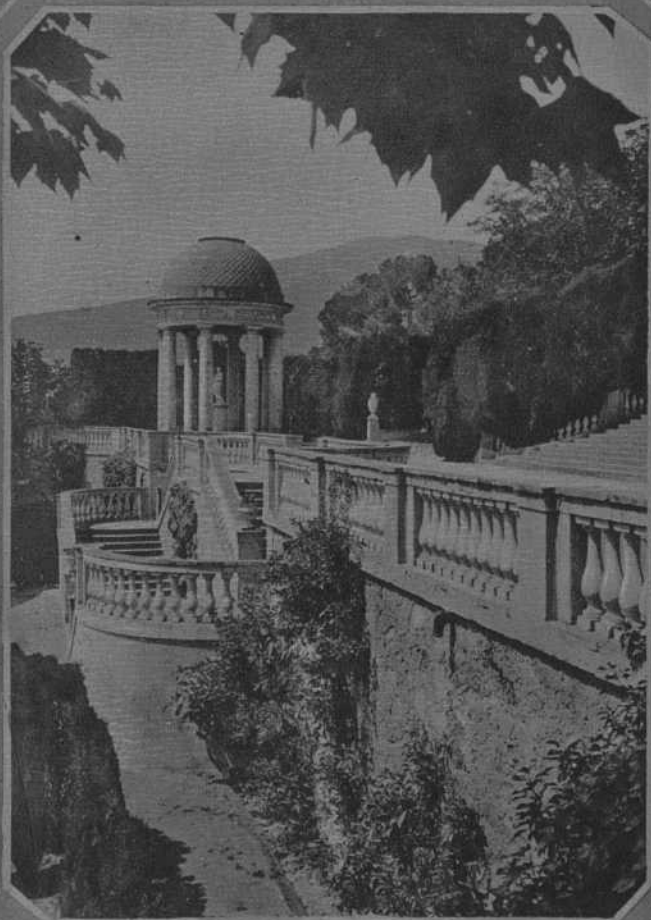
Fuente de los condes y cruz de término, en Santa Coloma de Queralt.



Detalle de la misma.



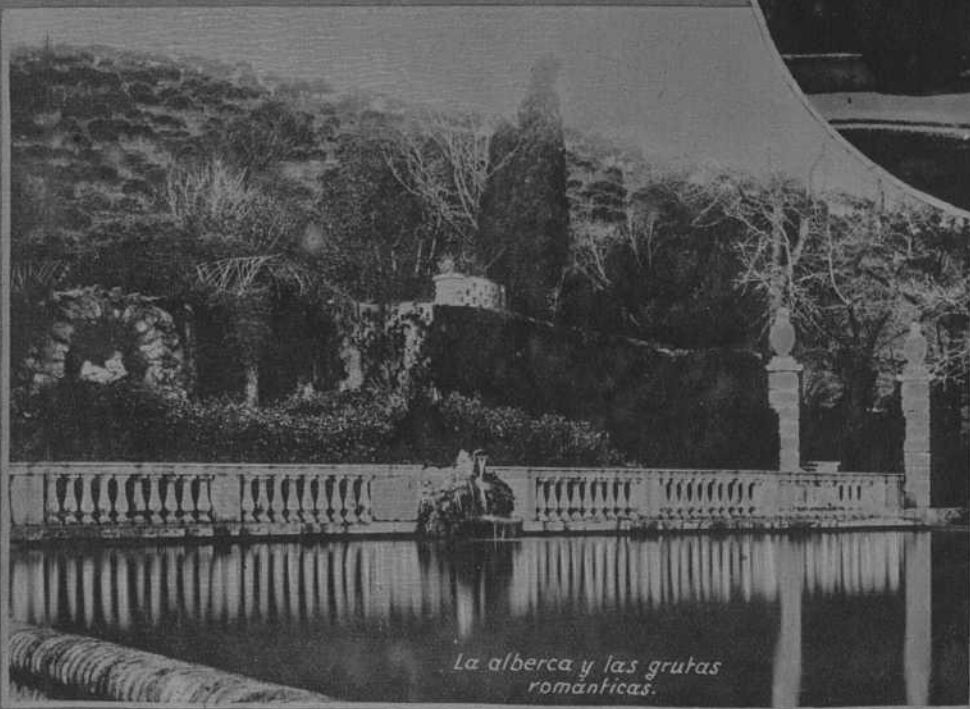
Jardines de Barcelona



Templo, escalinatas y balustradas del jardín.



Escalinata de la casa torre del Laberinto.



La alberca y las grutas románticas.

Construidos a finales del siglo XVIII por el marqués de Alfarràs, y reformados en la primera mitad del XIX, los jardines del "Laberinto" de Horta son unos de los más interesantes y originales de Barcelona.

Los grandes procesos

EVOCACIONES DE MARIA CAPELLE

Apenas perceptible en el gran torbellino de la vida barcelonesa se ha mostrado el boceto de lo que puede ser un ruidoso drama judicial. Juegan en él hondos desvíos familiares, amores, arsénico... Una muerte y un encarcelamiento. Peritajes. Hipótesis... Un nimbo de misterio en derredor.

Y para nosotros, además, el grato recuerdo de lecturas no muy lejanas.

El día 12 de agosto de 1839 se celebró en París, ante un altar de la iglesia de los Petits-Pères, la boda de Charles Pouch-Lafargue con María Capelle. El novio era viudo, feo y zopenco; la novia, de una belleza melancólica y grave. Les había concertado el enlace la célebre agencia De Foy y, en cuanto terminó la ceremonia, tomaron el camino de Orleans. El fin de su viaje estaba en el castillo de Glandier, escenario del futuro y tenebroso drama.

A mediados de noviembre, Charles Pouch-Lafargue marcha a París a gestionar el registro de una patente de invención. Allí recibe diversas cartas de su esposa, para quien los tres meses de matrimonio han constituido una sarta de desilusiones. Una de las misivas acompaña el envío de unos dulces y contiene una petición del más puro sentimentalismo: Lafargue habrá de comer aquellos dulces precisamente a las once horas de una determinada noche; a aquella misma hora, María los comerá en el Glandier; ambos pensarán en lo mismo y la mutua evocación salvará la distancia que les separa...

Charles Pouch-Lafargue sigue dócilmente las indicaciones de su esposa y, poco después de haber probado el cariñoso envío de aquella, se ve acometido por terribles vómitos que se prolongan por espacio de treinta y seis horas. Repuesto a medias de la grave indisposición de la noche del 18 al 19 de diciembre, Lafargue regresa en lamentable situación a su castillo.

El 11 de enero María Capelle administra a su esposo unas yemas mejidas, y el enfermo empeora súbitamente. La esposa continúa dándole pocimas por su propia mano, y Lafargue se extingue a las seis de la mañana del 14 de enero de 1840, después de padecimientos atroces.

La madre de Lafargue acusa implacablemente a su nuera, y ésta es detenida a primeros de febrero. El 3 de septiembre comparece ante el Jurado de la Corréze a responder de los siguientes cargos:

El 15 de diciembre de 1839 María Capelle adquiere 31 gramos de arsénico del farmacéutico de Limoges M. Eyssartier; el 18, Lafargue recibe en París los dulces que le envía su esposa, los prueba y cae enfermo. El 3 de enero, Lafargue regresa al Glandier; el 5 y el 10, María realiza nuevas adquisiciones de arsénico. El 11, la

señorita Brun, huésped accidental del castillo, ve a Madame Lafargue mezclar un polvo blanco a las yemas mejidas, en cuyos residuos descubre, más tarde, M. Eyssartier, huellas de una sal arseniosa. El 14 de enero se produce el fallecimiento de Carlos Pouch-Lafargue después de una dolorosa agonía.

Los debates de aquel proceso giraron especialmente en derredor de la prueba pericial. Tras de una aparatosa exhumación del cadáver, las visceras tratadas por el aparato de Marsh no revelan la existencia de la más leve partícula de arsénico. Así lo afirman los peritos químicos Dupuytren y Duboys, padre e hijo. Alienta la defensa, pero entonces, a requerimiento del fiscal, tercia Mateo Orfila en el debate, y sus conclusiones son aplastantes para la acusada, a pesar de que su hallazgo, cuantitativamente, se reduce a medio miligramo de arsénico. Después de esto será en vano que los defensores de María Capelle—esas tres eminencias del foro francés que se llamaron Paillet, Bac y Lachaud—se esfuercen en convencer y en conmovir al Jurado. El veredicto, unánime, condena a madame Lafargue a trabajos forzados a perpetuidad.

Tras las diligencias de la ejecutoria no se ahogó ese proceso bajo la losa de un «archivese». María Capelle ingresó, el 11 de noviembre de 1841, en la prisión de Montpellier. Una vez en la cárcel, la acompaña y no la abandona una leyenda cada vez más rica en los matices y en las sugestivas ornamentaciones que le prestan la piedad y la fantasía de sus contemporáneos, y de quienes han de suceder a éstos. Durante el cautiverio, la viuda Lafargue recibe más de seis mil cartas, y no faltan, entre ellas, fervientes declaraciones de amor. Del mismo modo que—muchos años más tarde—Maître Clunel había de apasionarse por su defendida Mata-Hari, la parricida del Glandier enciende el amor en el corazón de Maître Lachaud, quien al morir, en 9 de diciembre de 1882, lo hace con los ojos clavados en el retrato de su clienta. Esta y sus partidarios suplican, intrigan, argumentan... Al fin, en 1852, el príncipe Luis Napoleón, presidente de la República, indulta a la forzada y ésta vuelve al Glandier, al escenario de la tragedia, donde muere dos años más tarde.

Pero, a despecho del tiempo, el drama sigue vivo cuando todos sus protagonistas han muerto. Primero es Flaubert quien evoca, al través de la psicología de Emma Bovary, el carácter de María Capelle. Ya entre nosotros, en 1920 o 1921, el profesor Balthazard, al inaugurar su curso de Toxicología en la Facultad de Medicina, de París, pronuncia el elogio del peritaje

de Mateo Orfila ante el Jurado de la Corréze. Y en cuanto al ilustre profesor de Medicina legal ha añadido argumentos a la acusación; el doctor Masmonteil le replica desde el punto de vista clínico y niega la prueba del envenenamiento. Unos años atrás, el doctor Chantemesse se ocupaba, a su vez, del drama del Glandier reivindicando la memoria de madame Lafargue y atribuyendo a la apendicitis lo que los toxicólogos atribuyeron, en 1841, al arsénico.

Y aún no era bastante que, alrededor de la memoria de María Capelle, la ciencia dialogara de nuevo con la ciencia. La toga no podía inhibirse del debate y así vemos cómo tercian en él Henri Robert—el ilustre ex decano de los abogados de París—y el magistrado Pierre Bouchardon, el juez instructor de los más ruidosos procesos de espionaje y derrotismo durante el último período de la guerra europea. Mientras Henri Robert en sus estudios parece inclinarse a una hipótesis de inocencia, Bouchardon analiza con fría escrupulosidad el proceso reconstituyéndolo y despejándolo de toda idealización, sin guardarle a María Capelle más consideraciones que a Mata-Hari. Después de leer al gran abogado y al sagacísimo juez contemporáneos abundan las razones para estimar justo el desenlace del proceso.

Pero la leyenda continúa. Al margen del problema médico legal que encierra el caso, el vizconde de Reiset en su libro «Beaux jours et Lendemain» aventura otra hipótesis que mezcla la intriga política al drama del Glandier. A creer al vizconde, de un devaneo de Luis Felipe de Orleans con una institutriz inglesa de sus hijos, vinieron al mundo dos niñas: Pamela y Herminia, y de la unión de ésta última con Jacobo Collard—amigo y compañero de Barras—nació a su vez la que había de ser, andando el tiempo, esposa del coronel Capelle, padre de María. Añade el vizconde de Reiset que el temor a confirmar las murmuraciones propaladas sobre la ascendencia real de madame Lafargue fué uno de los más poderosos obstáculos para que la gracia de un indulto pusiera fin a su doloroso cautiverio.

Mientras nosotros pasamos indiferentes o distraídos junto a dramas judiciales que podrían plantear hondos y complejísimo problemas si fueran debidamente estudiados, la admirable sensibilidad del espíritu francés consagra estudios y desvelos a los grandes procesos que duermen en la Historia. Y esos estudios apasionan hoy a miles de lectores como apasionaron antaño al público que se estrujaba en la sala de la Cour d'Assises, retenido el aliento, esperando que el presidente del Jurado declarase, por su honor y por su conciencia, si los acusados eran o no culpables.

ALBERTO DE QUINTANA,

Sepulcros de santos antiguos, condes y confesores de reyes

EN LA CATEDRAL

Lugar elegido han sido siempre las Catedrales para sepultura de prelados y magnates. En la de Barcelona, entre las muchas bellezas que contiene, descuellan los sepulcros emplazados en ella, los cuales, además de constituir valiosos testimonios históricos son preciosos ejemplares del arte refinado de su tiempo.

Descuella en primer término, por su antigüedad y alto valor espiritual, la tumba de Santa Eulalia. La capilla subterránea que guarda el sarcófago donde se contienen los restos del cuerpo de la mártir Santa Eulalia, patrona de Barcelona, es más antigua que la propia Catedral. Esta quedó terminada el año 1400, según consta en las dos lápidas del siglo XV, colocadas a ambos lados de la puerta de San Ibo: la capilla quedó terminada en 1338, cobijando desde 1339 los restos de la Virgen mártir. Es obra del arquitecto Fabre.

El decorado del sepulcro lo constituyen bellísimos bajorrelieves que representan los más memorables episodios de la vida de la Santa y las dos traslaciones de su cuerpo. La urna que contiene éste es una verdadera joya de arte. Es de alabastro y descansa sobre ocho columnitas de mármol jaspeado, de distinta forma. Rematan el sepulcro cinco ángeles, dos de los cuales que habían sido quitados, fueron restituidos en 1872.

Notable también en sumo grado es la tumba que contiene los restos de San Raimundo de Penyafort, patrón del Capítulo, canónigo que fué del mismo y confesor del Rey Jaime I.

Está situada en la capilla de su nombre y se eleva sobre ocho pilares de floridos capiteles, constituyendo su adorno finos relieves representando escenas de la vida del Santo, distribuidas en ocho nichos.

Contiene la capilla de los Santos Inocentes la sepultura del Obispo Escalas, considerada como una de las más bellas joyas artísticas de la Catedral. La estatua del prelado descansa reclinada sobre las losas y constituye un trabajo de los más perfectos. Admira, sobre todo, su talla gigantesca: el ropaje es magnífico y sorprende la delicadeza del cincel de los escultores antiguos al considerar el bordado de la mitra y el acabadísimo cabezón del báculo.

En este sepulcro no hay nada que no encierre perfección y belleza. El afiligranado follaje a que está unida la urna, la rica almohadilla en que descansa la cabeza del prelado, los preciosos relieves que adornan el arco, la majestuosidad y altura del nicho y el arco ojival que descarga sobre el sepulcro, prestan extraordinaria suntuosidad al conjunto.

También es de magnífica ejecución el sepulcro que contiene los restos de doña Sancha Ximénez de Cabrera, señora de Novallas. La imagen de dicha dama reposa sobre la losa, en plano inclinado, y sorprende por los detalles de su traje y adorno.

En el claustro, junto a la capilla de Santa Lucía, está un sepulcro en bronce que ostenta una figura cubierta con lujoso traje y guarnecido de cascabeles los extremos del fleco de su túnica. Según el epígrafe, contiene los restos de Antonio Fallander, conocido por Mosén Borra, bufón, o más bien discreto repentista y militar en la Corte de Alfonso V, el sabio, de Aragón. En torno del sepulcro se lee: «Hic jacet Dominus Borra, miles gloriosus. Facta quit sepultura ista anno Domini M. C. C. C. XXXIII.»

Mucho más antigua que ésta es otra sepultura que hay en la capilla de Santa Lu-

cía. Véase grabado en ella un soldado con su cota, y contiene los restos del canónigo Jaufredo, de Santa Coloma.

Los restos del obispo Sapera, fallecido en 1320, a cuya manifiencia se debe la terminación de la Catedral, descansan en un sepulcro situado en la capilla de la Purísima Concepción.

El sepulcro de San Olegario, sencillo y artístico, está situado en la capilla de su nombre. Por una abertura del mismo, defendida por una reja se vé el cuerpo incorrupto del Santo, vestido de pontifical.

En la capilla de San Paciano está el sepulcro del obispo Loris, y en la de San Miguel Arcángel el del obispo Berenguer de Palou, que fué con Jaime I a la conquista de Mallorca y Valencia. En la del Patrocinio está la severa sepultura del obispo Ponce de Gualba, y en la de Santa Lucía la de Arnaldo de Gurb, fundador de la misma.

La capilla de la Concepción contiene las sepulturas de Alfonso III, de Aragón, e infantes Jaime y Fadrique, y las de las Reinas doña Constanza, doña María y doña Sibila.

En el claustro está la sepultura del canónigo Francisco Desplá, que murió en 1453

En el interior del templo, junto a la sacristía, obsérvanse en la pared dos urnas cubiertas de terciopelo carmesí con el escudo de Cataluña en metal y clavados en los extremos. La de la derecha contiene los restos del conde don Ramón Berenguer I, el viejo, y la de la izquierda los de su esposa doña Almodiz, fundadores y bienhechores de la antigua iglesia.

Otros muchos sepulcros contiene nuestra Basílica—entre ellos los de los mártires de la Independencia—pero sería dar excesiva extensión a estas líneas ocuparse, en detalle, de todos ellos.

De nuestra colaboración

EL PARÍS PARISIEN

La Semana Santa en París

Esta estación del año es tan propicia al florecimiento de las españoladas (fuera de España), que merecía habláramos en EL DIA GRAFICO de las costumbres francesas particulares de esta época.

Cada vez se celebran con más alegría los «permisos» o «vacaciones» de Pascuas. La vida de hierro de las grandes capitales, y, sobre todo de París, obliga a sus habitantes a hacer, por lo menos tres veces al año, una ausencia, una cura, sino de aire puro, por lo menos una cura de aire diferente. Navidad se sacrifica a causa del mal tiempo del invierno parisién. Salvo para los ricos que se precipitan a la Costa Azul. Pascuas es más democrático, es decir, reservado a la nueva aristocracia de piso bajo que empieza a poseer los tesoros burgueses de Francia empobrecida.

Luego viene la Semana Santa parisién, que nos muestra el poder de la fe católica de Francia a pesar de todo.

El Jueves Santo las iglesias están vacías de ornamentos. La característica austera de las iglesias francesas es más visible que nunca. El tabernáculo abierto evoca la Revolución. Las discretas idas y venidas de los fieles, la presencia de unas religiosas, y de algunos frailes de órdenes misioneras es notable. Flores en profusión ornan los altares. La Magdalena parece más que nunca un sepulcro: la tumba de los locos de la iglesia de enfrente, el Palais-Bourbon, alias «Cámara de Diputados». Una gigantesca cruz de flores naturales es lo más lindo en este templo de

arquitectura fea y de ornamentos de mal gusto. Pero los santuarios de París: Saint Germain l'Auxerrois, Notre-Dame, Saint Severin, etc... respiran el verdadero recogimiento. El que pierde una hora o dos (pues es sustraerlas a un trabajo indispensable el venir a una iglesia un día de hacienda) lo hace por impulsión, sin respeto humano, porque quiere. Un funcionario demasiado piadoso arriesga, quizá, su porvenir... La fe de París es sencilla, un poco triste, llevando el luto de ilusiones, poco elocuente, pero terriblemente sincera. Lamentamos la ausencia de procesión, los cortejos de mantillas, todas las manifestaciones de la fe ardiente de un pueblo como España. Aquí, la fe, como toda otra acción, tiene algo de egoísta, de humilde solitaria.

Los oficios se celebran sin plática, pero majestuosamente en sus ritos purificados. Nada de monumentos como en España. Nada de «carracas». Únicamente el silencio acogido de los filósofos creyentes.

Naturalmente, ningún coche se detiene en este día solemne. La vida exigente, imperiosa, tiránica de la ciudad moderna continúa. ¡Hay que ganarse la vida!

Se siente que el Estado se desinteresa de la religión, y sobre todo de la católica. (Lo que le preocupa es encontrar dinero; de aquí también proviene el desinterés de los ciudadanos por todo lo que no toca a su bienestar). Y se admira cómo puede evangelizar un sacerdote esta multitud diseminada en las agitaciones del siglo actual.

Pero la previsión francesa, o por lo menos la de las administraciones todavía dignas de este nombre en Francia, ha preparado el puesto de socorro para todas las almas que en estos días de fiesta religiosa recuerdan que fueron bautizadas.

«Francia incrédula? ¡Francia atea? Quién lo creería al ver las filas de fieles en los confesionarios esperando su turno, las misas de comunión general para hombres, las iglesias de bote en bote, la cantidad de hombres de todas clases sociales que se inclinan respetuosamente ante los tabernáculos... Y estas listas a la puerta de todos los santuarios:

«Confesores en lenguas extranjeras: Alemanes, Ingleses, Croatas, Slovenos-serbios, Españoles (muchos), Húngaros, Italianos (muchos), Luxemburgueses, Polacos, Portugueses, Rumanos, Rusos (seis), Tchecos, Griegos, Melchistas, Maronitas, Negros, (sic), Kabyilas, Bereberes y—prueba de un poliglótismo estupendo, prueba tan bien de la potencia de ciencia de los Padres Misioneros—Anamitas, Arabes, Armenios, Chinos, Japoneses (el cartel indica: «Ver al director del Seminario de los Misioneros»). Y cada uno de estos confesores para ciudadanos adoptivos de París tiene una numerosa feligresía. ¡Tanto como los confesores franceses!

«Llaman Babilonia a París? Quizá tienen razón, pero es una Babilonia piadosa donde la confusión de idiomas no impide la observación del deber cristiano.

París. ADOLFO FALGAIROLLE

LA PERMANENCIA DEL ROMANTICISMO

Los que confeccionamos estas páginas dominicales, traje de fiesta de EL DIA GRAFICO, frente a unas fotografías de viejos castillos ampurdaneses, pusimos este título: «La Cataluña Romántica», que creímos, además de exacto, inédito. Hemos tenido la inevitable Cataluña, industrial, la Cataluña menestral, lugar común desde los tiempos de Ventura Ruiz Aguilera, la Cataluña renacentista, la Cataluña pintoresca, la Cataluña rural, todas las Cataluñas, menos la romántica, y, sin embargo, todo el siglo XIX y todo lo que llevamos del XX no ha sido más que una continua exaltación romántica.

Claro que esto va a buscar, exclusivamente, lo sentimental político y lo literario, porque de la existencia de una Cataluña romántica, por sus paisajes y sus castillos y sus ciudades y sus leyendas, a la manera de Castilla, absolutamente opuesta a la Cataluña corriente y periodística, muy pocos saben, y menos aún, hablan y escriben. Media literatura castellana actual se ha nutrido del romanticismo castellano. Nunca Toledo y Avila han tenido tanto prestigio en las letras como hoy. No hay pueblo de los campos de las Castillas, o de las costas de Cantabria, que no haya tenido su evocador. Escritores preclaros se han ido a firmar a El Escorial, o han buscado, para su inspiración, las viejas piedras doradas salmantinas, o los sepulcros de los antiguos caballeros. Mientras por Italia, aparte el mito fascista de Roma emperadora, hay una corriente adversa al romanticismo, sugestionador de viajeros Cook, a las ruinas, a las piedras y a los Museos, en España crece el prestigio de lo tradicional.

Pero no es sólo Castilla. Del Pirineo al Ebro hay una fuerza romántica maravillosa. Toda Cataluña es como el Ampurdán. En

el mar, toda la tradición greco-romana. Los arados alcanzan, en los campos playeros de La Escala, torsos de estatua, y del fondo del Port de la Selva se extraen ánforas romanas. Encima, las ruinas de la abadía feudal de San Pedro de Rodas. Más lejos, el «Coll de Panisars», que presencia la derrota francesa, y Recasens, más lejos, y más aún, el Canigó, poemático. Luego, ya en el centro del Ampurdán, la tradición lejana, con Peralada, y la cercana, con el castillo de San Fernando, Ramón de Muntaner y Alvarez de Castro. Por allí pasaron todas las invasiones y llegaron todos los reyes. Por allí entraron los griegos con sus baratijas y sus estatuillas, y por allí entró Felipe V con sus armijos versallescos.

Todo esto no se ha sabido valorizar, y cuando se ha pretendido la exaltación del Ampurdán, se urdió un elogio doméstico, como si todo lo ampurdanés, desde los tiempos de Rodope, se diluyera en una manseñumbre y en una pintoresca dulzura pueblerina.

Todo lo romántico de Cataluña ha sido preterido y arrinconado, adquiriendo realce solamente cuando se le ha movilizadado para finalidades políticas. Así ha ocurrido con el Monasterio de Poblet, la más famosa de nuestras ruinas, pero, a pesar de ello, Poblet no ha dejado en las letras catalanas otro rastro que el de unas cuantas poesías. Maragall pudo señalar el carácter romántico de Cataluña, y no lo hizo, y la generación actual tampoco lleva camino de imponer esta visión de Cataluña. Ni Gerona, ni Tarragona, ni Lérida, ni ninguna de esas ciudades milenarias, como Cardona, tientan a nuestros novelistas para darles prestigio arcaico y envolver la acción en un ambiente interesante, a la manera de Galdós con «Gloria», descripción de Toledo, Alfonso Ma-

seras se acordó de Tarragona para su «Ildaribal», pero retrocedió demasiado en la historia. Santiago Rusiñol, en cambio, ha visto el romanticismo de Cataluña. Pintó Montserrat, buscó los jardines de los patios de Gerona, y se refugió en el laberinto de Horta. Los escritores no le siguieron, y las letras catalanas han tenido, o un dejo de internacionalismo asimilado, o un ruralismo excesivamente cargado de especias.

Esto no es pedir el reino de la arqueología, ni un retorno al historicismo, sino, sencillamente, sumar un matiz nuevo a los matices de Cataluña. Hace poco pasó por Barcelona Pío Baroja, camino de aquel Puente del Diablo, desde el que fué arrojado el conde de España. Antes, había escrito «El Mayorazgo de Labraz», Cardona podía haber sido nuestro Labraz, y el Puente del Diablo, una novela. Pero, ya lo hemos dicho, todo lo romántico ha sufrido, aquí, postergación. Yo recuerdo que mi padre, al enseñarme la Historia de España, me recitó la gesta del Bruch, no olvidándose de aquellos versos:

Viajero, para aquí
que el francés también paró,
y el que por todo pasó
no pudo pasar de aquí.

El Bruch, en mis fantasías infantiles, se emparejó con Roncesvalles, y ningún muchacho de Cataluña sintió el Bruch como yo, bajo las lecciones paternales. El Bruch es nombre áurco de historia próxima. Pero Montserrat, por ejemplo, en la Cataluña romántica, es el Santo Graal, y un romanticismo presidido por el Santo Graal bien puede aspirar a un fervor y a una jerarquía literaria.

MARIO AGUILAR

El Tesoro Arquitectónico Español

ANTE EL DESPLOME DE LAS AGUJAS DE LA CATEDRAL DE BURGOS

Sobre el solar de la antigua iglesia románica levántase hoy la Catedral gótica, gracias a la iniciativa del obispo Mauricio, quien, al pasar, a principios del siglo XIII, a Alemania a ruegos de doña Berenguela, para acompañar a Castilla a Beatriz, hija de Felipe de Suabia, pudo admirar la Catedral de París que, orgullosa, se levantaba a las orillas del Sena, y concibió el proyecto de erigir una similar en Burgos, y casi simultáneamente se verificó el enlace del Santo Rey, que el poner la primera piedra a la nueva Catedral, a la que el Rey socorrió con grandes dádivas, en particular al unir, en 1230, la corona de León a la de Castilla, por muerte de su padre, Alfonso IX.

La Catedral de Burgos tiene la planta más similar a la de Reims que a la de París, pero la fachada es inspirada en la de esta última, y aunque quedaron sin terminar los campanarios, acabáronse en tiempo de Juan II de Castilla y en la prianza de don Alvaro de Luna, encargándose al maestro Juan de Colonia que terminara las torres, por lo que son netamente del estilo del Rhin las dos agujas que con singular maestría compuso el maestro colonés y que cambiaron la faz al monumento, teniendo la Seo burgalesa la dicha de tener terminada su fachada, mientras la

Catedral de la isla de San Luis muestra sus campanarios sin terminar su construcción, o sea sin el «chapelet».

Recuerdo yo, hace años, que también se desplomaban las agujas de los campanarios de la Seo burgalesa, y que el entonces ministro mandó repararlos; pero también recuerdo que comentábamos, en son de burla, unos armazones de hierro interiores que se sujetaron a la piedra, y que con los cambios bruscos de temperatura y su dilatación, más han agravado que remediado el mal.

Como puede verse, la arquitectura nos llegaba siempre del vecino reino francés, y si de allí nos vino el románico, por el mismo camino vino el cisterciense y el gótico, pero este último estilo se introdujo en Castilla por la Corte francesa y los altos magnates, y de aquí su ampuloso y cuidadoso estilo, que sorprende a quien compara las Catedrales de Francia a la Catedral burgalesa, a la de León, afligrida y claraboyada, cual la «Sante Chapelle» de San Luis, a la de Toledo, que reúne a la suntuosidad del conjunto una riqueza y exuberancia de detalle que sorprende, a la de Pamplona, netamente francesa, cual franceses eran los Reyes que mandaron construirla. Aun teniendo todas el mismo origen, ninguna posee la grandiosidad, ele-

vación de naves y bello conjunto de la de Burgos, y de aquí que precisa que el Estado vele su conservación.

El arquitecto don Vicente Lampérez Romez restauró el claustro y otras partes del edificio, pero parece imposible que hombre tan erudito no fuera más afortunado, y es que no es lo mismo criticar que componer, y téngase muy en cuenta que, al restaurarse la Catedral de Colonia, y en pleno imperio germánico, no se avergonzaron de copiar las agujas que labró en Burgos Juan de Colonia, y calcáronse hasta la estorotomía de cada piedra, y por esto las agujas de la Catedral alemana no parecen modernas; parecen que se labraron con las torres de aquella incomparable Catedral, cuya silueta no se borra jamás de quien la ha visto.

Precisa que el ministro se informe de lo que deba hacerse para una reparación verdadera, y recuérdese que toda la labra estaba, al construirse, prieta con lañas de cobre, que sujetaba piedra con piedra y que el valor del metal y el tiempo las han hecho desaparecer. También hay que impermeabilizar la piedra a la humedad, pues al helarse el agua que la piedra empapa, aumenta de volumen y la desconcha.

MACARIO GOLFERICH

Hombres y cosas pasadas

EL INGENIO DE DON ALBERTO LLANAS

Quando este artículo se publique, «Don Gozalo o l'orgull del gecs» habrá alcanzado en Rómca un denso número de ovaciones. Si el autor, don Alberto de Sicilia Llanas y Castells, viviera, comprendería una vez más que su obra es digna de los elogios unánimes que le ha tributado, en estos días, la opinión de palabra y por escrito. La comedia catalana de Llanas, está escrita con tal maestría y en absoluto exenta de lo artificial y empalagoso, tan abundante, por desdicha, en nuestra escena regional, que por nuestra parte merece por todo aplauso un silencio reflexivo.

A don Alberto de Sicilia Llanas tuvimos la suerte de conocerle. Era hombre de un ingenio original que asombraba. Sabía sobradamente que con una frase podía hacer volar toda una farsa. Fundó periódicos satíricos y parodió, con gracia y donaire, a los más sesudos aticulistas de su tiempo.

Recordamos haber leído regocijadamente la parodia de un artículo que Llanas titulaba «De la necesidad de la pena de muerte». Y en tono muy serio—la burla sangraba y se disfrazaba—aconsejaba el humorista lo siguiente: «Bueno será difundir y propagar la pena capital y prudente será empezar con denuedo a ejercitarla comenzando cuanto antes por los pequeños contribuyentes».

No ha muchos años, recordamos haber leído, en algunos despachos de procuradores y abogados, una máxima del popular autor de «Don Gonzalo», impresa en grandes caracteres, que decía así: «*Recuerda que el juez puede condenarte a pagar, pero a lo que jamás te podrá condenar es a tener dinero.*» — Alberto Llanas.

¿Qué se puede argüir contra tan sabia máxima? Nada.

Quando Fabié publicó su absurda traducción de la «Lógica», de Hegel, los críticos de aquella época—y entre ellos Clarín—arremetieron, con razón sobrada, con el traductor. Fabié se defendió como pudo, sobre todo con los que le echaban en cara de que comía en seis o siete puestos oficiales. Llanas terció en la polémica y salió a la de-

fensa de Fabié, en la siguiente forma: «*El señor Fabié no será filósofo. Conformes. Pero habla como un libro... de cocina, que es el más substancioso de los libros, el de más enjundia, al menos.*»

Don Alberto Llanas vivió una temporada en la vecina ciudad de Badalona. Apenas encontraba a un amigo le notificaba el cambio de domicilio y le entregaba en el acto la tarjeta que había que verla!

Se leía lo siguiente: «Alberto de S. Llanas» y algo más abajo del nombre constaba la dirección, que decía, en catalán y en verso:

«Martínez Campos, vintidós bis,
baixos, primer i segon pis.»

Y terminaba con el nombre de «Badalona». Pero lo más interesante e ingenioso era el reverso de la tarjeta, en el que, encabezado con un «Horario», constaban todas las horas de salida de Barcelona y de llegada a Badalona, y viceversa, del tranvía de vapor, único medio para trasladarse a aquella ciudad en la época que mencionamos, y que, como recordamos los que vamos para viejos, arrancaba de la calle de Trafalgar, y era conocido vulgarmente por «el tranvía de focs» y por «la guillotina».

Era muy curioso leer, en la original tarjeta de Llanas, «sale a las 7'25...», llega a las 8'52», y al final «los domingos y días festivos, los que deseen visitar al amigo Llanas, disfrutarán de un servicio extraordinario, organizado por la Compaffias».

El humorista catalán era agudo como una bayoneta. Dejó una frase, que ella por sí vale por muchos tratados que se han escrito acerca de la trascendencia del teatro. No vamos a recordar aquella deliciosa advertencia que apareció en el cartelón del desaparecido Príncipe, cuando Llanas, por allá en 1898, se hizo empresario de aquel coliseo. Después de los nombres de los actores y actrices, en gruesos caracteres, se desta-

caba, en lugar de los títulos referentes a los estrenos, lo que a continuación puede leerse: «OBRAS». Y debajo: «OBRAS SON AMORES».

Es más hondo y más cáustico lo que vamos a referir. En mayo de 1895 la Empresa Mir montó en el teatro Novedades la leyenda dramática de Guimerá, con ilustraciones musicales de Enrique Morera, «Les monjes de Sant Aymant». Se confió el decorado—¡que era maravilloso!—al tío de Salvador Alarma; éste, aunque pintaba, no figuraba aún su nombre en los carteles, o sea a Miguel Moragas, que construyó el acto primero. El segundo corrió a cargo de nuestro admirado Mauricio Vilumara, y el tercero lo pintó el maestro de maestros don Francisco Soler y Rovirosa.

El ensayo general comenzó a las ocho de la noche. Llanas se personó en la sala con puntualidad digna de presidente de corrida. A la una de la madrugada sólo se habían ensayado dos actos, y el autor de «Don Gonzalo», conocedor de lo que era un ensayo general con todo, que es como se les llama en argot de teatro—y que Llanas bautizó con el nombre de «ensayo general con todo... lo que falta»—, dejó la butaca y se marchó a la cama.

Se levantó a las siete—Llanas era madrugador, y decía que el madrugar reportaba la ventaja de disponer de más tiempo para no hacer nada—, y a las ocho de la mañana volvió a Novedades. Efectivamente, aún faltaba todo el final del espectáculo. Se sentó junto a Guimerá, y a los pocos minutos se les acercó don Francisco Soler y Rovirosa. Este le preguntó a Llanas qué le parecía todo aquello. A lo que éste contestó, filosóficamente: —«*Molt bé; cuánta feina per entretenir a quatre ganduls!*»

La muerte de Llanas fué heroica. Tuvo conocimiento de que la hora fatal se acercaba. Se cogió las manos y las obligó a que se dieran un fuerte apretón de despedida. Y en aquel momento, con voz entera, el humorista dijo:

—«*¡Passióbé, senyor Llanas!*»

RAFAEL MORAGAS

Mesa de café

LA DECADENCIA DE OCCIDENTE Y LA GRANDEZA DARWINIANA

—Antes, un espectáculo teatral tenía ilación y norma; ahora la arquitectura de la revista es algo anárquico y absurdo; antes, levantabas los ojos para mirar el cielo y lo veías libre, libérrimo, ahora las redes de la radio aprisionan y enrejan la ciudad y el cielo; antes, en cualquier café, mientras degustabas la consumición, oías música clásica o conciertos deliciosos; ahora, a la hora del te, el «jazz-band» es la voz amenazadora de Darwin que nos recuerda el materialismo de nuestra supuesta antecesión; antes, pedías una copita de Málaga o de Burdeos y sabías que aquello era zumo de uva; ahora, da la sensación de que la conciencia alquimista de Fausto y el crisol de Cagliostro han quedado reducidos a la cartelera del «barmann» internacional que te ofrece el brevaje anónimo y misterioso; antes, tenías la inquietud del viaje que tardaba horas y días y que te obligaba a conocer el país; ahora, los vuelos maravillosos y los coches-camas te llevan de una tierra a otra sin ninguna preocupación y sin que el viaje deje huella de compenetración con la Naturaleza; antes, bailabas y lucías la gracia

de la furlana santificada en Roma o los lanceros inocentes y llenos de donaire; ahora, los brincos enormes parecen nacidos en la selva del sioux cinematográficos; antes, una carta era una reliquia; ahora, el teléfono ha destruido toda emoción postal; antes, morir como «la dama de las camelias», ahora la dama es coupletista. Estamos perdidos, estamos perdidos, joven...

—¿Usted cree?

—Pobres de nosotros. Ya no estamos para estos trotes... Empleo a tener años, me voy sintiendo viejo. El ruido me atormenta, los juegos de artificio espirituales me indignan... Freud, el Ku-Klux-Klan, la arquitectura fascista que se impone como en el Imperio de Boney, como llamsban los ingleses a Napoleón; el espiritismo interno, las fórmulas presidencialistas, la pasión por lo original, la arbitrariedad artística de nuestros hombres, las novelas cortas reemplazando las obras enormes de tres o cuatro tomos y cien capítulos... Mil luces rojas recomendando un dentífico a la luna o un auto a los marciales y atormentando a los gatos de las azoteas; la ortopedia transfor-

mándose para llegar a exigirnos que inter-cambemos nuestros órganos naturales por los suyos que duran toda la vida, la barbería convirtiéndose en clínica facial y el sastre ofreciéndonos unos pantalones que nos semejan el elefante blanco de Mark Twain... Esto es espantoso, inaudito, fantasmagórico... La civilización occidental se hunde. Triunfa Mongolia y la palmera, triunfa el desierto y la estepa...

—¿Cómo es eso?

—Sí, st... Triunfa la estepa y el desierto y sobre todo triunfa este mago moderno de Voronoff que está realizando la regresión más bárbara que haya podido hacerse en la humanidad... El hombre viene del mono, afirma Darwin, y ahora Voronoff nos devuelve el mono al mono... Esto es inaudito, inaudito...

Y nuestro amigo, porque es un amigo quien ha hablado, sigue diciendo pestes de la civilización, del pangulismo, del «jazz-band» y de los injertos...

FRANCISCO MADRID

la vista fija en ella, hipnótica; palpó las sábanas, la almohadita... Luego se irguió desesperada, lanzó un grito de auxilio, un grito de naufrago; y hubiese caído al suelo si varias manos no se adelantaban rápidas a sujetarla.

VI

Cuando volvió en sí, giró sus ojos en torno, buscando...

Estaba acostada. A su cabecera, Guillermo; en derredor del lecho, sus padres, el médico, la hermana de la Caridad...

Se incorporó. Miró de nuevo a su alrededor, con mirada más despierta, más escrutadora, más alarmada. Después, con los ojos fijos en el vacío, pareció recordar. Se le notaba en el gesto el esfuerzo por hacer memoria.

Preguntó angustiada, asiéndose fuertemente del brazo de su marido:

—¿Y mi hijo? ¿Dónde está mi hijo?

Fué necesario apelar a todos los recursos para que se calmara. La dijeron que ella se había puesto repentinamente enferma y que había sido necesario apartar a su hijo de su lado.

—Lo quiero. Traedlo.

—Pero mujer... Si estás enferma...

—Es que no me pondré buena hasta que me lo traigáis...

Intervino el médico, para disuadirla de aquella idea. No tenía que preocuparse por su hijo, que estaba bueno y sano. Ya se lo traerían cuando ella mejorase, que el traerlo ahora podía ser perjudicial para la criaturita.

Aceptó esta idea con un gesto vago, de desconfianza, pero la aceptó al fin, y consentió en tomar las medicinas que el médico le ofrecía para su pronta curación. Eran calmantes, que aquietaron sus nervios.

Cayó en un sueño profundo, de piedra.

* * *

Cuando despertó todo había terminado ya. En una caja blanca, su hijo dormía para siempre en el cementerio.

Guillermo, vestido de negro, esperaba su triste despertar sentado en el borde de la cama, mirando de vez en cuando con una profunda tristeza el rostro pálido y afilado de su mujer, en el que, las profundas ojeras semejaban dos lirios morados.

El despertar de Margarita fué pesado, lento. Despertó con los nervios laxos, molida, sin fuerzas para mover un músculo, como si acabara de salir de una larga y agotadora enfermedad.

Unas lágrimas, silenciosas y gruesas, rodaron por las mejillas de Guillermo.

—¿Por qué lloras?

—Nuestro hijo, Margarita! ¡Nuestro hijo!

Y se abrazó a ella, rompiendo en sollozos.

—Pero, ¿qué ocurre? ¿Por qué lloras así?

—¿Por qué ha muerto? ¿Todavía no estás convencida de que ha muerto?

Margarita echó hacia atrás su cabeza. Se hizo más intensa la palidez de su rostro. Brillaron sus ojos con un rojo fulgor. Después sonrió de un modo que hizo estremecer a Guillermo.

—¡Bah! le respondió.—¿Tú también lo has creído? ¡No! Quieren engañarnos. Pero a mí no me engañan...

El horror ante el extravío mental de su mujer, secó las lágrimas de emoción de Guillermo. Aquello era peor aún que la muerte del hijo.

Margarita se vistió precipitadamente. El marido seguía todos sus movimientos con una angustia suprema en la mirada. La vio recorrer la casa, preguntar a unos y a otros.

—¿Y mi hijo? ¿Dónde está mi hijo? ¡Ah! Todos se han confabulado para engañarme...

De pronto, en el lugar mismo en que estaba la cuna, cayó en un profundo ensimismamiento. Se hizo alrededor de ella un círculo de expectación: los padres, el ma-

rido, las criadas... ¿Iría a reaccionar favorablemente, tornando a la realidad?

Pero no. Habló de nuevo, para llevar a sus almas una nueva inquietud.

—¡Ah! Ahora recuerdo... Han robado a mi hijo... Sí, me lo robaron... Y vosotros, ¿qué hacéis ahí, parados? ¿Por qué no habéis salido todos en busca de mi hijo? ¡Hijo! ¡Hijo mío! ¡Todos te abandonan! Pero yo sabré encontrarte.

Fueron necesarios los esfuerzos de todos los que la rodeaban para sujetarla, para que no se lanzara a la calle en busca del hijo.

VII

Las recetas del médico y los cuidados de sus familiares devolvían poco a poco la salud al cuerpo y a la mente de Margarita. Pero ¡ay! Sólo a medias. Llegó a hacer su vida normal y a discurrir con lógica, pero había un punto en el cual no acababa de hacerse la luz en su conciencia. Dijérase que la locura había inundado su cerebro, que las aguas se habían retirado, pero que quedaba aún una zona inundada, como una laguna trágica.

Todo iba bien mientras no recordaba al hijo, mientras no hablaba de él. Llegado a este punto, volvía a cubrir su rostro una máscara de intensa palidez y fulguraba alrededor de sus pupilas un círculo de cobre. Para ella no había más verdad que su verdad interior, la verdad de su imaginación: —Que su hijo no había muerto, que se lo habían robado, y que un día lo volvería a encontrar. ¡Oh! ¡Si a ella la dejaran buscarlo!

Estaba en una situación semejante a aquella en que estuvo siendo novia de Guillermo: ella, con su ensueño, y todos los demás en contra. Todos los demás, a vigilarla, a espiarla, a disuadirla de su idea. Y ella a soñar cada vez más con el hijo, con que el hijo vivía. Lo único que pedía, para comprobar que era ella quien estaba en lo cierto, era que la dejasen sola y libre, para ir a su encuentro.

—Pero, ¿dónde? ¿Dónde? Para ir nosotros contigo...

—Yo sé... Pero con vosotros, no...—Decía esto con un acento misterioso y vago, y no daba más explicaciones.

Dijérase que necesitaba alimentar aquella ilusión de vida de su hijo, para poder vivir ella misma.

Había soñado tanto, que el ensueño llegó a tener en ella una consistencia mayor que la realidad, la realidad que todos quisieron siempre imponerle, y de la cual había luchado tanto por libertarse. Y, ¿para qué? Para que la realidad la burlase luego despiadadamente...

* * *

Al igual que cuando era novia de Guillermo, todos los cuidados que tenían con ella no bastaban para impedir que burlara la vigilancia de sus celadores. Del mismo modo que antes acudía a sus citas con Guillermo, ahora acudía a sus imaginarias citas con el hijo. ¿Adónde? Ni ella misma lo sabía. Pero es lo cierto que salía de su casa furtivamente, con la alegría de quien va en busca de la felicidad.

Y allá iba ella, por las calles llenas de ruidos y de gentes, abstraída en su sueño, en su profundo sueño maternal. ¿Quién hubiese adivinado su tragedia, al verla cruzar las calles de la gran ciudad? Su silueta fina y alta, de rasgos agudos, no mostraba en su exterior ningún signo que pudiera chocar al transeúnte. Sólo de vez en cuando, y de un modo vago, al mismo tiempo que su mirada se iba a más recóndita y abstraída, un leve movimiento de cabeza marcaba la fuerza de un pensamiento que tendía a expresarse físicamente. Esto era cada vez que veía a un niño.

Volvía a casa cada día, triste, con una fatiga nerviosa tan grande, que desencajaba sus facciones.

Por consejo del médico nadie la decía nada cuando volvía, limitándose a redoblar sus cuidados con ella.

* * *

A la vuelta de una de esas escapatorias, Margarita estaba muy agitada. Un ligero temblor estremecía sus labios, y sus ojos brillaban extrañamente.

Su marido la observaba inquieto. Parecía dispuesta a decir algo, pero no se atrevía. A solas con Guillermo, no pudo más y le habló:

—Ahora no me negarás que robaron a nuestro hijo...

—¿Pero, qué dices, mujer? ¿Todavía piensas en eso?

—No pienso en otra cosa. ¿Te crees que soy como tú?

—¡Bah! ¡Bah!

—Te convencerías de que nuestro hijo vive y de que lo robaron, si le hubieses visto como yo.

—¿Qué le has visto?

—Sí. Iba yo en el tranvía. Y le ví perfectamente. ¡Era él! Le llevaba una criada en brazos. Pero cuando bajé del tranvía ya no estaba. Le busqué inútilmente...

—¿Pero eso es una locura! ¡Eso no puede ser!...

Como siempre que discutían sobre este punto, no lograban ponerse de acuerdo. Y el marido, que quería apartar de él aquella pesadilla, la veía imponerse a pesar suyo. Al igual que a veces se debate uno en un mal sueño, haciendo esfuerzos inauditos por despertar. Al principio, había sentido una gran ternura por la enfermedad de su mujer, y por lo que él llamaba «su manía». Pero él era un hombre sano, de nervios bien equilibrados, y pronto sintió una aversión instintiva hacia aquel estado enfermizo de Margarita, como si temiera—también instintivamente—que lo contagiara. Porque cuando él intentaba hacerla entrar en razón, ella se esforzaba en meterlo en su locura. Más que una razón y una locura, se dieran dos razones en pugna, tratando de imponerse una a la otra. Y había ocasiones en que él hasta tenía miedo de que lo arrastrara, de que de las dos razones, la de ella fuese la más fuerte.

* * *

Un día sorprendieron a Guillermo con un llamado urgente de la Dirección General de Seguridad. Su mujer estaba detenida y era necesaria su presencia para aclarar algunos extremos.

La flecha de inquietud que llevaba clavada en su pecho, se le metió en lo más hondo de su ser. Era una mezcla de disgusto y pena lo que experimentaba constantemente pensando en Margarita. ¿Qué le habría ocurrido?

Acudió a toda prisa al llamamiento. Y, ante el empleado de policía, que le explicó lo sucedido, sintió la sensación, casi física, de que el alma se le caía a los pies y de que una mano implacable le estrujaba el corazón. Al mismo tiempo, una sensación de frío recorría su carne y agitaba su cuerpo.

Lo que había ocurrido podía explicarse sucintamente: Margarita, en plena calle, había arrebatado un niño de los brazos de otra mujer, diciendo que era suyo—un hijo que le habían robado.—Esto había promovido un escándalo en el que tuvo que intervenir la policía, y las dos madres habían sido detenidas hasta tanto se aclarase cuál era la verdadera.

Guillermo, transido de pena, contó la desgracia de su mujer, y las cosas se pusieron en claro.

—Si no viene usted pronto—comentó el empleado de policía—nos voltemos locos todos...

Le fué restituído el hijo a la madre verdadera, que, al saber la verdad, miró ya sin odio a Margarita. Su indignación se trocó en piedad. Ella tenía un hijo y era feliz. En cambio, aquella pobre mujer ha-

bía perdido el suyo, en la pérdida irreparable de la muerte, y era como si hubiese perdido el equilibrio de su existencia. Y, no resignándose a la pérdida definitiva, lo buscaba por las calles de la ciudad...

VIII

—Esto no puede repetirse—pensaba Guillermo—. Esto no puede continuar así...

Le inquietaba lo que había de misterioso en la enfermedad de su mujer. Temía su contagio. Sin embargo, no podía darla por loca, ni recluirla en una Casa de Salud.

Hubiese sido una crueldad. Por otra parte, su locura sólo se manifestaba en lo que se refería a su hijo. Era como una laguna en su cerebro. Pero una de esas lagunas trágicas a las cuales es peligroso asomarse, pues sus aguas tienen un extraño poder absorbente.

Era inútil también que la hiciese ver por los mejores médicos, algunos de los cuales se habían comprometido a curarla, sin conseguirlo. El obstáculo mayor para la curación, era la enferma misma. Dijérase que en vez de procurar el remedio de su mal, lo alimentaba, como si encontrase en él su mayor deleite. Amaba su enfermedad.

¿Qué hacer, entonces? Los padres de Margarita habían vuelto al pueblo. Había quedado él solo, con su mujer, en la casa. Las criadas no la atendían y vigilaban como era menester. Y, para evitar nuevas escaratorias, Guillermo decidió contratar las

enfermeras que fuesen precisas para que su mujer no estuviese un instante sola. Desde entonces, siempre había a su lado una Hermana de la Caridad.

* * *

Encerrada en su casa, Margarita se encerró aún más en sí misma. Querían aislarla del mundo, y ella se aisló aún más en su amor único, sobrenatural. Toda su alma la llenaba el cariño al hijo, sus pupilas estaban llenas de su imagen.

Andaba por la casa silenciosa, fantasmal, tras la sombra—el recuerdo—del hijo. Se pasaba las horas muertas junto a la cunita vacía, que hizo poner en el mismo sitio donde estaba cuando murió.

* * *

Una noche, Margarita está sentada junto a la cuna. La Hermana de la Caridad, que está acostumbrada a aquellos largos éxtasis, se ha quedado dormida, sin ningún temor.

Todo está en la habitación lo mismo que la noche en que le arrebataron a su hijito. Todo igual, menos la cuna, que está vacía.

De pronto, la luz se apaga. ¿Qué ha ocurrido? Nada. Una vulgar avería. Pero aquel hecho, natural y sencillo, adquiere en aquella habitación caracteres fantásticos y sobrenaturales.

Margarita se pone en pie. Su rostro blanco, tan blanco, se destaca en la oscuridad como si fuese de mármol. Lenta y fantasmal, avanza hacia el balcón. Lo abre. La

claridad de la luna entra en la estancia como un foco de luz que se proyecta sobre la cuna vacía. Margarita da un grito de júbilo y se precipita sobre ella. ¿Qué ha visto? ¿La luna ha hecho que tome cuerpo el fantasma de su imaginación? Hunde sus manos entre las sábanas... Una máscara de desolación la cubre. Contempla sus manos vacías... Pero a poco, se va transfigurando. Dijérase que se aclaran las tinieblas en que está sumergida su alma, por la claridad que se hace en su rostro.

Con los ojos dilatados, la mirada brillante, sigue los rayos de la luna que entran por el balcón. Corre, como si quisiera perseguir algo que se aleja en ellos...

—¡Quiero ir con él!—grita—. ¡Quiero ir con él!...

Parece que, al fin, sabe dónde está su hijo. Que acaba de revelársele la verdad, como en un deslumbramiento.

—¡Quiero ir con él!...

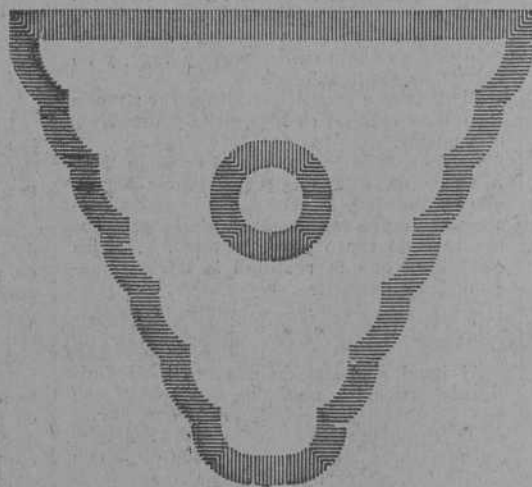
Corre, como si los rayos de la luna le marcaran un camino. Fantasmagórico camino de ilusión y misterio.

El balcón es como el límite de la realidad, que ella ha estado queriendo traspasar toda la vida. Pero está ya fuera de la realidad, y quiere seguir, seguir adelante...

Braceo en el aire y juega el viento un momento con su falda. Sobre las losas de la acera, se estrella definitivamente contra la realidad.

Madrid, marzo, 1926.

PROHIBIDA LA REPRODUCCION



Sueño y Realidad

NOVELA, por VALENTIN DE PEDRO

I

Tenía un aire abstraído. Como de quien mira más allá de las cosas visibles. O como quien está demasiado emborrachado en una visión interior, y no percibe lo que le rodea.

Y era bella. Con la sugestiva belleza del otoño, la época en que maduran los frutos del espíritu, y en que alumbra en los ojos el sol interior, como si estuviera en el cenit. En que nace en el alma una flor de melancolía, cuyo perfume es esa vaga sombra que divaga sobre el rostro. Y cuanto más consciente, cuanto más fino el espíritu, mayor la sombra.

Margarita era una mujer de tan fina sensibilidad, que con frecuencia llegaban a dolerle las sensaciones espirituales, como dolores físicos. Era retraída, callada, viviendo siempre con una intensa vida interior.

* * *

El dolor suele ser el que afina la sensibilidad, trabajando sobre ella como una lima sobre un hierro. Margarita tenía un dolor, un dolor secreto, que como no se manifestaba hacia fuera, era todo raíces, que se adentraban en su ser, cada vez más hondo.

Era un dolor de amor el suyo.

Su noviazgo con Guillermo había durado varios años. Contra viento y marea de sus padres. Ninguno de los pretendientes que a ellos les eran gratos habían sabido ganar su corazón. Y, cuando ya empezaba a declinar su juventud, conoció a Guillermo.

Era un hombre que había llegado al pueblo no se sabía de dónde, corredor de una gran Compañía de Seguros. Tenía el aire de los que han corrido mucho mundo y han ido corrigiendo y afinando sus palabras y modales en su trato con las gentes. Y también el aire seductor y cambiante de aquellos que han de hacer intervenir el agrado personal en el éxito de sus negocios.

Un día entró en casa de Margarita, para hablar con su padre. Ella le miró, con el interés que en un pueblo, donde todos los rostros son familiares, se mira a un forastero. Y, cuando su mirada se encontró con la de él, sus ojos se iluminaron con una luz fugitiva, como de relámpago. El supo recoger aquella mirada, seguro de que su lucecita era un presagio de amor. Conocía bien el lenguaje de los ojos y sabía la sugestión que ejerce en el alma de la mujer, poblada de ensueños, en un ambiente pueblerino donde están cerradas todas las ventanas de lo imprevisible, el hombre que pasa... Y se detuvo en aquel pueblo donde vivía Margarita.

Estaba un poco cansado. Algunas canas

plateaban sus sienes lo que, no disminuía cierto prestigio donjuanesco que se escapaba de toda su figura, de arrogante porte. Estaba un poco cansado de correr pueblos y aventuras, y la sabrosa madurez que apuntaba en Margarita, le detuvo. Pero no era ella como la fruta del árbol del camino, que se coge sin esfuerzo para refrescar con su zumo los labios sedientos. Era difícil coger aquella fruta... Los padres de Margarita no estaban dispuestos a dar a su hija, así como así, a cualquiera que pasase, por seductor que fuera y por enamorada que ella estuviese. Habían soñado con otro destino para su hija. Un destino menos romántico, pero más brillante. Guillermo no tenía ningún arraigo en el pueblo; y, lo que era peor, no tenía fortuna. Era un hombre correcto, distinguido, simpático si se quiere, pero era un hombre venido de fuera, y sin dinero, dos condiciones que bastaban para que los padres de Margarita, ricos y arraigados durante varias generaciones en el pueblo, lo rechazasen como posible marido de su hija.

* * *

Ellos se dijeron que se querían. Primero con el mudo lenguaje de las miradas, luego con las palabras encendidas por el fuego que brilla en los ojos, y que parece tostar, requemar la voz, dando el tono a la emoción.

Pero los padres, al darse cuenta, no tardaron en decir a Margarita su profundo disgusto por su inclinación hacia el forastero. Temblaban sólo al pensamiento de que aquella inclinación pudiese ser amor. Y empezaron a hacer todo lo posible para evitarlo.

Margarita no era ya una niña, para meterla en un colegio, o tomar con ella medidas rigurosas. Creyeron que bastaría con sus predicaciones y con evitar todo encuentro con el forastero, cerrándole las puertas de la casa.

—Ya se le pasará—pensaban.

Pero, los obstáculos que ponían los padres a aquellos amores, en vez de adormecerlos o matarlos, servían para que se avivarán, para que cobraran nuevos bríos. Eran precisamente los obstáculos los que daban el tono apasionado a aquellos amores.

Ya tenía Margarita su novela.

Por un instintivo horror a lo vulgar y a lo cotidiano, había rechazado hasta entonces a todos sus pretendientes, y más ahincadamente a los que querían imponerle sus padres, a los que más podían convenirle, manifestando de este modo una franca aversión al matrimonio de conveniencia.

Esta actitud fué causa de que la tildaran de orgullosa. —¿Qué pretenderá esta mu-

chacha? ¿Algún príncipe?—se preguntaban todos. Su predilección por el forastero trocó las interrogaciones en sorpresa.

—¿Cómo?!—discurrían ahora—. ¿Y para esto ha esperado tanto tiempo?

No lo comprendían. Guillermo, a pesar de su pobreza, era para ella el príncipe llegado de lejos, a cuyo conjuro se habían encendido la lámpara maravillosa de su imaginación; no era un hombre conocido ni vulgar, y podía vestirlo con el manto luminoso de sus ensueños. Ella había esperado, había esperado siempre, soñando con hacer de su vida una novela. Y no lo comprendían.

* * *

Ante la desesperación de los padres, los amores de Margarita con Guillermo continuaban. Se desesperaban doblemente: por el amor de su hija y por comprobar que eran inútiles cuantos obstáculos le plantaban ellos delante para cerrarle el paso. Un día se enteraban de que los enamorados se escribían, otro de que se veían y se hablaban furtivamente, a través de la reja, en el jardín...

Guillermo se había establecido en el pueblo. Aunque la vida en un principio le fué difícil, era hombre de conocimientos y recursos suficientes para salir adelante.

Pasaba el tiempo. Aquellos amores contrariados se iban haciendo una aureola de exaltación y romanticismo. Margarita no vivía esperando el instante en que podía ver a Guillermo, hablar con él. Suspiraba constantemente, como una prisionera. Para ella, la libertad y la vida, era su amor. Y no deseaba otra cosa que poderse entregar a él, sin obstáculos ni trabas. ¿Cómo soñaba con aquel amor! ¡Qué intensamente, y con qué maravillosa vida vivía dentro de su corazón! ¡Y cómo crecía la llama, cuanto más querían sofocarla!...

Los momentos en que los enamorados se veían, el fuego largo tiempo contenido les salía por los ojos y por las palabras. Su amor encontraba las expresiones más cálidas, más fervorosas; los acentos más emocionados y hondos.

El tiempo, que a veces corre tan de prisa, y a veces tarda tanto en pasar, era en aquellos instantes su peor enemigo. ¡Si hubieran podido detenerlo!... Y soñaban con la hora de la liberación, la hora en que pudieran amarse libremente, ser el uno del otro: marido y mujer. Clamaban por la eternidad de aquellos instantes en que sus cuerpos eran dos llamas de pasión separadas por un muro de intransigencia.

—¿Cuándo terminará esta angustia?!

—¿Me querrás siempre así?

—¡Siempre!...

II

Los padres de Margarita no tuvieron más remedio que ceder. La pasión de su hija era mucho más fuerte que su resistencia, y tenía que vencerlos. Dos alas iban creciendo en el cuerpo de aquel amor de Margarita: una era roja, otra negra. La rebeldía y la muerte. Y aquellas alas batían contra los muros del hogar. Acabarían por encontrar una salida...

Los padres tuvieron que transigir. Influyó también en su actitud el que Guillermo empezaba a abrirse camino. En vez de hacerle la guerra, como hasta entonces, se decidieron a ayudarlo. El padre de Margarita tenía poder suficiente para hacer la fortuna de un hombre.

Vino la reconciliación y la boda. Fue el momento en que aquella chispa que brilló por vez primera en los ojos de Margarita, se convirtió en una luz de felicidad tan intensa que la deslumbraba.

Con sus sueños y con sus lágrimas había ido formando un mundo de dichas inefables: el mundo de sus sueños era como un rincón del Paraíso, donde los mortales no tuviesen otra ocupación que el amor, y no se conociesen otras leyes que las que convienen a los enamorados.

El mundo que se encontró en la realidad, al salir de sus sueños, tuvo al principio una apariencia de semejanza con el que había soñado, fueron las horas ilusionadas que precedieron a la boda y que la siguieron de cerca.

Luego, el mundo de la realidad se fué apartando poco a poco de sus sueños. A medida que se iba disipando la niebla de ilusión, iba surgiendo con sus contornos fríos y antipáticos: chato y gris. Y ella había soñado un mundo donde todas las cosas tuviesen una calidad de llamas elevadas en una aspiración de cielo y de infinito. Todo el mundo ardiendo en un fuego de amor. Y ya que no el mundo, su vida... Así la había soñado ella, así la quería.

* * *

Después del viaje de novios se establecieron en la capital, de donde era Guillermo. El padre de ella le nombró representante de sus industrias y le facilitó dinero para negocios que él proyectaba.

Entonces vió Margarita en su marido una nueva luz. Ella supo entonces que había en la vida, para aquel hombre, algo más importante que el amor: la ambición. Era su enemiga, la que se lo robaba, reteniendo horas y horas lejos de su lado.

Vió, además, cómo perdía su prestigio exótico en la capital. Lo vió en su medio. Un hombre como todos los demás; esclavo de costumbres, como cualquier otro; mediocre, vulgar.

Ella le reprochaba sus ausencias, sus frialdades, su desamor... ¿Desamor? ¿Es que ya no la quería?

—Te quiero lo mismo que antes—la decía él—. Pero no vamos a estar siempre arrullándonos. La vida no es eso...

¿Pues qué iba a ser, entonces la vida para ella? ¿Aburrirse? ¿Aburrirse mortalmente?

Ella no hacía nada, nada más que soñar. Y, sin embargo, había realizado su sueño... Pensaba muchas veces que mejor hubiese sido que no. Así conservaría íntegras sus ilusiones. Y soñaba con su vida pasada, cuando todo se oponía a su amor y lo creía irrealizable, cuando tenía que escribir a Guillermo a hurtadillas, cuando le esperaba febril, detrás de la reja, a altas horas de la noche, en las que apenas podían cambiar unas cuantas palabras y algún beso. Se creía entonces la más desdichada de las criaturas, prisionera en una cárcel insostenible... Y ahora tenía la libertad, tenía su amor. Y muchas veces se preguntaba: ¿para qué? Añoraba la cárcel de su casa, las contrariedades, los obstáculos... Todo lo que contribuía a la maravillosa vida de sus sueños.

III

¿A quién iba a revelar Margarita su honda tragedia espiritual? Su desengaño era como un río profundo y silente, que corre bajo tierra, cada vez más caudaloso, pero cuya existencia debía ser ignorada por todos. ¿Después de haber tenido que vencer tantas resistencias para el logro de su felicidad, iba a decirles ahora que se había equivocado? ¡Oh, no! ¡Eso, nunca! Prefería el silencio y la soledad.

Llegó a enterarse de que su marido no sólo la abandonaba por sus negocios, sino también por ir a divertirse con sus amigos, con otras mujeres. Pero ella había tomado ya su partido. ¿Qué iba a hacer sino callar y resignarse? De todo lo que pudiera ocurrirle era ella sola la que tenía la culpa.

Guillermo la veía cada vez más triste y cada vez se alejaba más de ella, en busca de la alegría del vivir. Sus negocios marchaban bien. El capital que le había facilitado el suegro se multiplicaba magníficamente. Y era ahora, cuando los padres de Margarita empezaban a estar satisfechos de la elección de su hija. Al menos, Guillermo era un hombre de provecho, tenía ambición, estaba en vías de hacer fortuna, y había hecho la felicidad de Margarita...

* * *

—Si al menos tuviese un hijo...—pensaba ella, a punto de enfermar de soledad y de tristeza.

IV

Una nueva luz vino a iluminar la vida de Margarita. De pronto, se llenó su soledad con nuevas voces que la llamaban a la vida.

Cuando uno no sabe por qué vive, cuando ante el enigma de la existencia, levantamos una interrogación angustiosa, la alegría de hallar una respuesta es superior a todo.

Las voces salían de sus propias entrañas. —Has de vivir para mí—decían—. Yo soy la razón de tu existir...

Margarita se sentía madre. Una alegría casi infantil se apoderó de ella. Todo el pasado, y aun el presente, desapareció de súbito en su imaginación, ante la idea del hijo.

Su alma alucinada necesitaba un objeto en quien fijar sus ensueños, a quien envolver con su ternura infinita. Pasó del amor de amante al amor de madre, poniendo en este nuevo amor la misma intensidad que había puesto en el otro.

¿Qué importaba ya Guillermo? ¿Qué lo había perdido? ¿Qué importaba!.. Ahora iba a tener a su hijo. Y aquel nuevo ser sería suyo, bien suyo. Nadie podría quitárselo, ni apartarlo de sus brazos. Para él sería su ternura de todos los instantes. Le envolvería con su llama de amor como con pañales de oro y púrpura. Lo levantaría en sus brazos como un fruto de bendición, como un regalo del cielo, como el cuerpo sagrado del amor. Era como si se realizase en ella un prodigio.

* * *

Nació el hijo.

Para colmar sus anhelos, la naturaleza fué pródiga en dones de belleza con el chiquitín. Margarita, enagenada de felicidad, podía creer que tenía en sus brazos a un niño Jesús, porque era tal como ella había visto que pintaban al hijo de Dios.

No vivía nada más que para él. En sus caricias, en sus mimos y en sus besos, llegaba con frecuencia a verdaderos transportes de ternura. Daba gozo y daba miedo ver aquel exceso de felicidad de una madre.

Es lo que a veces le decía el marido: —No seas exagerada, mujer... Ni que estuvieras loca...

* * *

V

Enfermó el niño. Era lo peor que podía ocurrir en el mundo para Margarita. Porque tuvo, desde el primer momento, la sensación de la tragedia irremediable. Dijérase que al mirar los ojitos tristes, de enfermo, de su hijo, cuando se dió cuenta de su mal, vió escondida tras ellos a la enemiga invencible que se lo robaba: la muerte.

De nada sirvieron las consultas de médicos, ni los cuidados de la madre.

Cuando el mal de la criatura se agravó, Margarita no supo apartarse ya de ella ni un momento. Velaba a todas horas junto a la cuna; sus ojos-fijos en la carita del niño.

Inmóvil, con una inmovilidad de estatua, toda su vida parecía reconcentrarse en sus ojos, grandes y negros, cada día más hundidos. Alrededor de sus pupilas brillaba, a veces, un círculo rojizo, de cobre.

Si consentía en tomar algo—una taza de caldo, un vaso de leche—era sin moverse de su sitio, del lado del hijo. De descansar, de dormir, no quería ni oír hablar.

No valían las excitaciones del marido, ni los mandatos del médico, ni las palabras persuasivas de una hermana de la Caridad cuyos auxilios solicitó Guillermo; nadie conseguía arrancarla de su sitio. Ni aún a la fuerza conseguían moverla, como si sus pies estuvieran clavados en el suelo, como si sus nervios fuesen de acero, como si hubiese adquirido de pronto una fuerza desmesurada.

Cada vez hablaba menos. Y acabó por no articular más que palabras incoherentes. Lo único claro que se le oía, era esta frase inquietante:

—¡Me quieren robar a mi hijo!... Y lanzaba miradas de desconfianza a todos cuantos se acercaban a la cunita del enfermo.

Así hasta que el niño murió. Margarita siguió su agonía con los ojos muy abiertos, horriblemente hundidos y brillantes, las pupilas rodeadas por un círculo rojo.

La vida del niño se extinguió placidamente. El padre, vió quebrantada su fortaleza en aquel instante, ante la desgracia irremediable, y se arrojó llorando en brazos de la esposa.

Pero Margarita seguía rígida, hierática, sin derramar una lágrima, y, con un dedo en los labios, le imponía silencio:

—¡Calla! ¡Calla! Que duerma...

—¡No! ¡Amor mío! ¡Mi vida! ¡Nuestro hijo ha muerto!...

Ella parecía no escuchar estas palabras, no oír las, ni entenderlas. Entonces Guillermo se desesperaba no sólo por la muerte del hijo, sino también por aquel estado de inconsciencia de su mujer. Pero era razonable... el dolor no le haría perder la serenidad, y a instancias del médico y de los amigos abandonó la alcoba.

Lo que no consiguió nadie fué llegarle a la cuna del niño muerto. Inmóvil, como un niño Jesús de cera, parecía, en efecto, dormir. Y la madre, cada vez que alguno intentaba llegarle a él, se levantaba transfigurada de fiereza y lo cubría con su cuerpo. Era inútil luchar con ella, como no hubiesen querido hacerla pedazos.

El médico aconsejó que no se forzara su voluntad, ni se la contradijese, para no castigar aún más sus pobres nervios. Era preciso fingir que todos creían como ella, que dormía.

La dejaron sola en la estancia, con su hijo muerto. Sentada junto a la cunita, rígida, hierática, vigilaba.

De vez en cuando cruzaba la hermana de la Caridad, de puntillas; y Margarita, con un dedo en los labios, le sonreía, con una inquietante sonrisa de agradecimiento.

Fué preciso inventar un subterfugio durante la noche, para poder burlar su vigilancia: Cortaron los hilos de la luz. Una sombra, perdida entre las sombras, se acercó rápidamente a la cuna y se perdió otra vez, rápidamente...

Margarita, sin decir una palabra, se acercó al balcón, lo abrió de par en par. La luna proyectó su claridad, como un foco, sobre la cuna vacía. La madre se acercó con